

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**TADEUSZ PANKIEWICZ
UN JUSTO ENTRE LAS NACIONES**

S. MILLÁN – 2024

TADEUSZ PANKIEWCZ (1908-1993)

Fue un farmacéutico católico que vivía en el barrio de Podgorze en Cracovia, Polonia. Cuando los nazis decidieron crear un gueto donde encerrar a todos los judíos de la ciudad, lo hicieron justo en el barrio donde vivía Tadeusz. Le manifestaron que debía dejar su farmacia por no ser judío, sino considerado como ario, y trasladarse al centro de la ciudad, donde los nazis habían expropiado una buena farmacia a un rico judío. Tadeusz no quiso trasladarse y acudió a las autoridades alemanas para exponerles que, si él no atendía a la población judía, que iba a ser ubicada en ese lugar, podría ocurrir muy probablemente una epidemia que mataría a miles de residentes y que se extendería por toda la ciudad con consecuencias incalculables. Las autoridades, viendo el panorama presentado, decidieron darle permiso para quedarse en el lugar, de modo que Tadeusz fue el único que, con sus tres empleadas de la farmacia, estaba dentro del gueto durante el tiempo que este duró entre 1941 y 1943. Tenía para él y las empleadas salvoconductos para entrar y salir del gueto, aunque debían renovarlos cada dos meses al principio y después cada dos semanas. Además tenía que pagar a algunos guardias sobornos para poder hacer algunas actividades fuera de su farmacia, porque solo podía tratar con la población judía de asuntos facultativos y no tratar temas políticos ni prestarles ayuda de ninguna clase, aunque esto lo incumplió de modo sistemático, arriesgándose a ir a los calabozos o ser enviado a un campo de concentración e incluso a la muerte por incumplir las normas establecidas. En Polonia se estableció la pena de muerte para los que ayudaran a los judíos o los ocultaran.

Tadeusz, viendo tanta crueldad, manifestada por los nazis contra los judíos, decidió hacer todo lo posible por ayudarlos. Las autoridades alemanas expropiaron a los judíos sus bienes y él tuvo que ayudarles, incluso con su propio dinero. También la ayuda incluía introducir comida, medicinas y prensa de forma clandestina en el gueto e incluso ocultar a muchos residentes señalados para la deportación y ponerlos en contacto con amigos y parientes fuera de aquellos muros. A la vez debía conseguir visados y documentación para favorecerles la huida, sobornando a los guardias y funcionarios. Por otra parte los alemanes prohibieron la educación para los judíos en todos los niveles. Especialmente la geografía, historia, literatura y educación física estaban totalmente prohibidas. También destruyeron todos los símbolos nacionales polacos, como sus monumentos. Según el plan de Hitler, se hizo transferencia de los tesoros artísticos, es decir, el saqueo de todos los tesoros artísticos, que iban a ser llevados a Alemania, contando con el botín de los principales museos, bibliotecas y colecciones privadas de Polonia. Esto se realizaba a nivel oficial sin contar las obras de arte y otros tesoros robados por oficiales y mandos de inferior categoría.

Tadeusz consiguió ocultar en su farmacia decenas de libros, sacros y laicos, rescatados del saqueo, arriesgando, con ello, si lo detectaban, su propia vida. Entre los libros rescatados por él y colocados en escondites especiales del sótano de la farmacia, había valiosos rollos de la Torah antiguos. Después consiguió que un carpintero le construyera un falseado en el salón y allí guardó los pergaminos de la Torah y otros libros importantes.

Otro hecho importante que no podemos olvidar es el traslado de un millón de polacos a otros lugares de Polonia. Otro millón fue obligado a ir a Alemania para llevar a cabo trabajos forzados en fábricas militares. Concretamente en Cracovia, de los 70.000 judíos residentes, obligaron a salir a más de 50.000. Esto fue realizado con el fin de germanizar la ciudad. Quedaron al final solo unos 16.000 judíos de los 70.000 iniciales. Entre ellos 30.000 niños, con perfil ario, fueron separados de sus familias y entregados a cuidadores alemanes; y otros 10.000 que no cumplían los estándares nazis fueron asesinados ¹. En Cracovia solo quedarían después de las deportaciones unos 500 niños en noviembre de 1942 ². Muchos de estos niños vagaban sin rumbo por las calles y solo se salvaron los que fueron recogidos por judíos o gentiles. En cuestión de alimentación la población, sobre todo, judía sufrió hambre y esto llevó al auge del mercado negro y al aumento de los precios. El contrabando fue una forma de resistencia contra la ocupación alemana. Esto se acentuó por la baja productividad de las empresas y la reducción drástica del número de campesinos disponibles para el cultivo de las tierras.

Una afrenta especial que hicieron a los judíos fue obligarlos a trabajar en sábado y en ciertas fiestas judías especiales, obligando a todos los judíos entre 12 y 60 años a prestar servicios públicos

Durante los dos años y medio que existió el gueto, Tadeusz salvó miles de judíos. Después de la clausura del gueto de Cracovia acogió y escondió a muchos artistas, que llegaron de Viena, y él les ofreció alojamiento y comida, asegurándose de que sobrevivieran. Después de la guerra decía: *Solo cumplimos con nuestro deber de ayudar a la gente que no podía valerse por sí misma. Sólo lamento no haber hecho más, como podría haber hecho.*

Los nazis en Polonia organizaron 400 guetos, donde murieron cientos de miles de judíos. El 3 de marzo de 1941 se instituye el gueto de Cracovia. La primera gran deportación es en junio de 1942 y la segunda en octubre. La liquidación del gueto sucedió en marzo de 1943.

¹ Garrido Baixauli Fernando, *El farmacéutico del gueto de Cracovia*, Ed. homo hominii lupus, 2021, p. 158.

² *Ibídem.*

La farmacia de Tadeusz Pankiewicz estaba ubicada en un lugar estratégico desde donde pudo ver y ser testigo de deportaciones inhumanas, de crímenes monstruosos y de continuos ultrajes a la dignidad humana de los judíos. La población de este gueto de Cracovia estaba constituida por judíos que vivían en diferentes lugares de Cracovia. Los interesados llevaban sus cosas en carretillas, carritos o cualquier medio de locomoción que podían conseguir. Había familias judías que abandonaron su barrio donde habían vivido sus familiares desde tiempo inmemorial. Debido a ello, se cerraban por todas partes sinagogas, tiendas, negocios y restaurantes. La población del ghetto llegó a tener unas 16.000 personas.

Dice Tadeus: El 20 de marzo de 1941 estaba solo en la farmacia y hacia las 6 p.m. se produjo una gran agitación. La farmacia se llenó de gente y tuve que cerrar las puertas. Me dijeron que habían colocado centinelas para que nadie pudiera salir del límite establecido para el gueto. Al cerrar la farmacia, los centinelas me piden mis papeles que me autorizan a circular por el gueto sin ser judío. Me dicen que, si salgo, no podré entrar. Al día siguiente decenas de obreros, de día y de noche, trabajaron para encerrar el gueto con muros. Los judíos que trabajaban fuera del gueto podían salir por la mañana y debían regresar por la tarde. Dentro quedaban los que no tenían derecho de salir, los que no trabajaban en la ciudad, los ancianos, los enfermos y los niños.

Cada día los alemanes establecían nuevas medidas. Crearon un cuerpo de policía con judíos para mantener el orden dentro del gueto y hacer respetar y cumplir las órdenes establecidas. Al principio, dentro del gueto se pusieron baños públicos, un edificio postal, un hospicio para ancianos y una especie de hospital. Algunos estudiantes consiguieron salvoconductos para ir a estudiar música, diseño, pintura etc., fuera del recinto. Dentro establecieron 3 sinagogas donde se celebraban los ritos y fiestas judías. En muchas casas se veían judíos ortodoxos que oraban. Muchos judíos venían todos los días a la farmacia, no solo a comprar medicinas, sino también a conversar, leer los periódicos alemanes y el periódico clandestino, conocer noticias nuevas y encontrarse con amigos. La farmacia era como un centro de encuentro para todos.

De vez en cuando, algunos SS de servicio agredían a los caminantes por las calles del gueto. Los ancianos que llevaban barba y rizos eran los que sufrían mayores humillaciones. Un día fui testigo desde una de las ventanas de mi farmacia de un hecho lamentable. Llegó un coche donde había dos civiles sentados. Reconocí a Beckman, miembro de la Gestapo. Antes de la guerra los habitantes de Cracovia lo conocían como propietario de la fábrica Toledo. Era el prototipo de nazi. Un individuo repugnante. A través de la ventana abierta del coche, Beckman llamó a un judío que pasaba por allí. El hombre, al ver al

alemán de uniforme, lo saludó, quitándose el sombrero. En ese momento, Beckman le dio un puñetazo y se fue con una sonrisa diabólica.

Los primeros meses parecía que la cosa no era tan mala y pensaban que todo pasaría pronto. Solo había que esperar y aguantar y la guerra terminaría pronto. Dentro del gueto había una fábrica de polacos, que producía vidrios para relojes y para automóviles y trabajaba para los alemanes. Pude conseguir del director Feliks Dziuba que emplease a algunos judíos como especialistas sin tener ninguna preparación para ese trabajo. El 27 de diciembre de 1941 varios coches con altoparlantes obligaron a todos los judíos a dejar junto a la Sede del Comité judío capotes, pellizas y cosas de abrigo. Algunos judíos, para no entregarlos, los cortaban y quemaban en sus casas y los restos los sepultaban. Los alemanes pillaron a algunos que escondieron sus abrigos y los castigaron duramente. Al día siguiente, 28 de diciembre, los alemanes entraron en el gueto e hicieron una revisión a fondo. Incluso revisaron de arriba abajo mi propia farmacia.

Durante los dos años que funcionó la farmacia dentro del gueto, quisieron cerrarla los alemanes, pero conseguí que no lo hicieran, haciéndoles ver la posibilidad de epidemias que podían afectarles también a ellos. Cuando había deportaciones a campos de concentración (que serían para la mayoría campos de exterminio) muchos se alojaban en la farmacia hasta que pasaba la orden de deportación. Allí hablaban del futuro y de los familiares deportados. Cada uno tenía su propia triste historia que contar.

Había un doctor, llamado Zurowski, que tenía permiso para llevar víveres a los habitantes del gueto, pero también les llevaba tintes para el cabello, porque sabía que si los deportaban, muchos ancianos o no muy jóvenes iban a ser llevados al exterminio como gente sin valor por ser poco útiles para el trabajo. Solo los trabajadores jóvenes quedaban con vida.

Conmigo trabajaban tres mujeres: Irena, Helena y Aurelia, que me ayudaban en la farmacia y hacían todo el bien que podían a los necesitados del gueto; porque, como polacas, podían entrar y salir del gueto con salvoconducto y servían a veces de intermediarias entre polacos y judíos, hacían la compra y compraban regalos para algunos. Incluso algunos hebreos les daban objetos valiosos para que los guardasen en su casa o en casas de conocidos polacos, amigos de los mismos judíos. Todos sabíamos que hacer de intermediarios de paquetes, cartas, etc., representaba un serio riesgo, pero a pesar de todo hacíamos todo el bien posible.

Después de la guerra, nos llegaron de toda Europa y de Israel cartas de agradecimiento de algunos sobrevivientes. Un día los alemanes dieron una orden

para sacar del gueto a 1.000 ancianos y desocupados, porque había sobrepoblación. Esta noticia corrió como un relámpago, todos se llenaron de miedo, porque hicieron una lista de quiénes debían salir. Los condujeron al puesto de policía y por la mañana examinaron sus documentos. Los que no tenían trabajo, fueron puestos aparte. Decían que los iban a llevar a otra ciudad, pero la gente no se lo creía. Por la mañana vimos un desfile de ancianos, mujeres, hombres y niños, que llevaban a la espalda todo lo que poseían. En la estación fueron encerrados en vagones de un tren de mercancías y les dieron una hogaza de pan a cada uno para el viaje. Los panaderos del gueto habían pasado toda la noche haciendo ese pan a costa de la Comunidad hebrea. El tren se detuvo cerca de Lublin a algunos centenares de kilómetros de Cracovia. Hicieron salir a las personas encerradas y les dieron orden de dispersarse por las aldeas de la zona, pero todos tenían un único deseo: regresar a Cracovia para estar con sus familiares. A pesar de la prohibición de regresar a Cracovia bajo pena de muerte, algunos lo intentaron, incluso quitándose la estrella de David del brazo. Unos consiguieron carros y automóviles privados. Otros llegaron días o semanas más tarde a pie. Pero la inmensa mayoría no regresó.

Un día vi que del edificio número 2 de la plaza Zgody de frente a la farmacia salió un hombre ciego muy conocido entre los habitantes del gueto, de unos 80 años, que tenía gafas oscuras y que había perdido los ojos en 1914, luchando contra los alemanes en el frente italiano. Llevaba la estrella amarilla en el brazo. Era guiado por su hijo por un lado y por otro por su esposa. En el pecho llevaba una medalla conseguida en la primera guerra mundial. Quizás los alemanes lo podían respetar, pensó. Detrás de él salió otro anciano inválido que se sostenía en unas muletas, porque le faltaban las dos piernas. A este se le acercaron unos alemanes. Uno de ellos le gritó: *Schenell* (rápido). Otros le obligaban a correr y otro le golpeó las muletas con el fusil y lo hizo caer al suelo. Un alemán se acercó y le ayudó a levantarse. El soldado había tenido compasión del anciano. Después la tomaron con el ciego, inválido de guerra. Echaron fuera a su hijo y a su esposa y se divertían cuando se cayó al suelo. Esta vez nadie lo ayudó a levantarse, lo hizo solo y repitieron el juego varias veces. Un espectáculo triste de crueldad. Nosotros no sabíamos qué era lo que más les hacía divertirse, si el sufrimiento físico o la desesperación de su hijo y esposa, que estaban impotentes a su lado y no hablaban ante tanta violencia.

Aquel día oímos que alguno se había suicidado, a otro lo habían matado. Nosotros escribíamos los nombres de las víctimas. Los hospitales estaban llenos de heridos y algunos habían intentado envenenarse. Algunos se escondían, a otros el doctor Biberstein les dio camisas blancas para parecer empleados del hospital. Los alemanes normalmente no entraban en los hospitales por miedo al contagio.

Un día hubo deportaciones. La gente fue encerrada en los vagones de mercancías. Hacía calor y no les distribuyeron agua. El tren se puso en marcha. Algunos huyeron de los vagones, porque tenían instrumentos de carpintería y pudieron forzar las rejas de las ventanas del vagón y saltar del tren en marcha. Se arriesgaron a ser fusilados si los encontraban. Otros, mientras el tren corría, desfondaron el suelo del vagón y, cuando el tren estaba ya en la estación, se dejaron caer al suelo. El tren después se ponía en movimiento y pasaba sobre ellos, que estaban cuerpo a tierra debajo del tren. Uno de estos huidos contó que había saltado del tren, pero lo habían visto. Los alemanes le dispararon y le habían dado un tiro. Había perdido la conciencia y se había quedado tumbado en el campo. Cuando se despertó, era de noche y llovía. Se había movido, arrastrándose, antes de llegar a una casucha. Después había pedido ayuda de casa en casa, pero no todas le fueron abiertas, no siempre sintieron compasión por él ni le dieron de comer. Lo bueno es que ninguno lo denunció. Continuó caminando durante varios días. El tiempo había cicatrizado las heridas, regresó al gueto y quedó allí hasta marzo de 1943, cuando fue liquidado el gueto definitivamente, y él se salvó.

Hay que reconocer que también entre los alemanes había algunos compasivos y que eran buenos con la gente. Uno de ellos era Kunde. La gente, cuando llegaba al gueto, lo rodeaba al igual que a su compañero Heinrich. Ambos eran conocidos como personas comprensivas y no actuaban con violencia. Kunde habló con la gente que le pedía que pusiera un sello en sus documentos. De pronto apareció un alemán que se acercaba y tuvo miedo de resultar sospechoso por hablar rodeado de judíos, sacó la pistola y la descargó a tierra con tan mala suerte que hirió a la doctora Silberger que estaba allí. La gente se dispersó. Una jovencita que tendría 12 años huía como loca. Kunde la siguió y le preguntó por qué huía. La jovencita, aterrorizada, respondió que tenía miedo que le disparasen. “¿Qué quieres de mí?”. “Un sello para mi mamá y para mi papá”. “¿Qué hacen tus padres?”. “Mi padre es zapatero”. Kunde le hizo llevar a la farmacia todos los documentos de la familia y les puso los sellos. Y aprovechó el momento para poner sellos a todos los presentes que en ese momento estaban en la farmacia. Mis ayudantas de la farmacia sacaron provecho del buen humor y disposición de Kunde. En sus manos estaba la vida de miles de personas ³.

Otro buen hombre, era el teniente Oswald Bousko, natural de Viena. Al salir ya del gueto, como no tenía la estrella de David, me detuvo. El tenía unos 40 años, era rubio y de ojos castaños. Me pide los documentos. Se los doy y los lee. Me los devuelve y me insulta. Grita y no sé qué dice, pues habla en dialecto vienés. Al fin entiendo que lo hace, porque he dejado el gueto sin ser escoltado

³ Tadeusz Pankiewicz, *El farmacista del ghetto di Cracovia*, Ed Agostini libri 2023, pp. 100-101.

por la policía. Dice que me podría haber hecho matar en ese lugar. No entiendo por qué se preocupa tanto de mi vida. Me aconseja telefonear al puesto de policía, cuando quiera salir de nuevo y un policía me será enviado para escoltarme. Me quedé maravillado de tanta cortesía, visto que no me conocía.

Se llamaba Bousko. Cuando tenía unos 10 años fue enviado a un monasterio para hacerse sacerdote católico, pero huyó y se puso a viajar por el mundo. Recorrió toda la Europa meridional a pie y llegó hasta Turquía. Al final de sus peregrinaciones regresó a Viena y entró en la policía. Fue uno de los policías austriacos que se inscribió en el partido de Hitler. A continuación entró en la SS. Después de que Hitler anexionó Austria a Alemania, se hizo enemigo declarado de Hitler.

Frente a los judíos tenía un comportamiento benévolo. Su compasión durante las operaciones era sincera. Daba una mano en cuanto le era posible, pero lo hacía hábilmente para no suscitar sospechas entre sus colegas. Me dijo que sus gritos eran su máscara para disimular. Los judíos que se comunicaban con él se fiaban de él y muchos recibieron de su parte ayuda para huir y para llevarse algunas cosas. Fingía escoltar a un hebreo como si se tratase de un detenido, pero en realidad le ayudaba a pasar la línea de demarcación. En momentos difíciles dio a algunos judíos pan y alimentos que conseguía dentro del puesto de policía. Nunca hizo nada que pudiera hacer daño a nadie. Después de la última deportación, muchos judíos habían quedado escondidos en el gueto. Algunos de esos escondites le eran conocidos a Bousko y muchos judíos le deben la vida. También ayudó a muchos polacos en diversas ocasiones.

En julio de 1944 los alemanes estaban en retirada desde Rusia, Bousko temió ser llamado al frente y para evitarlo se puso inyecciones intramusculares de Propidon, que le produjeron gruesos abscesos. Tenía fiebre alta y la comisión médica lo envió al hospital. Así estuvo algunas semanas, pero cuando se dio cuenta de que no podía seguir con la comedia, se jugó el todo por el todo y huyó disfrazado. Se escondió en la región norte de Kalwarija, donde parece que tenía una amiga polaca, dos niños judíos bajo su protección y un baúl de objetos de valor.

Pero en su comisaría de policía iniciaron investigaciones para saber dónde estaba. Escribió una carta a su Superior y le dijo (algo corriente en ese momento) que había sido raptado por partisanos polacos, pero que no sabía dónde se encontraba. Esta carta fue el principio de su ruina. Después de un tiempo, lo capturaron. Bousko fue llevado a la cárcel de Montelupi en Cracovia y algunas semanas después a Danzica. A pesar de simular una enfermedad mental, no pudo escaparse de la condena a muerte y fue fusilado por un tribunal militar el 18 de octubre de 1944. Los alemanes de Cracovia pensaron que él había sido el

responsable de todos los evadidos del gueto y creían que había pasado informaciones a los judíos ⁴.

En tiempo de las deportaciones, dice Tadeusz, he visto grupos de judíos esperando. Eran ancianos sin agua, sin un pedazo de pan, que esperaban sentados en un lugar abierto, esperando su destino. Algunos se acercaban a la farmacia para tener alguna información o para pedir medicinas. Mis ayudantas de la farmacia se afanaban por darles medicinas, víveres, cigarrillos. He visto ir al suplicio a ancianos que apenas podían caminar, enfermos graves que habían sido sacados de los hospitales y estaban sostenidos en brazos de familiares. Algunos estuvieron allí en la plaza durante dos días sin agua y sin alimento con un calor infernal. El 8 de junio de 1942 se inició la deportación. Los alemanes gritaban y estaban dispuestos a disparar. Los subían a los vagones del tren. En esa deportación de junio, en tres días fueron sacados del gueto una 7.000 personas. En esos momentos todavía no se sabía nada de los asesinatos en masa en las cámaras de gas.

Pero un día pasó de boca en boca la noticia de un hombre que había huido de un convoy directo a Belzec y había regresado al gueto. Era el dentista Bachner. Se había metido en las cloacas y había resistido durante algunos días con la suciedad hasta el pecho. Después salió de su escondite y caminó lentamente en dirección a Cracovia. Él les dijo la verdad. Habló de la existencia de campos en los que los alemanes mataban con gas y quemaban a los prisioneros. Los relatos de Bachner eran alucinantes. Parecía imposible que en el siglo XX pudieran ocurrir esas cosas ⁵.

Tadeusz refiere: *Los alemanes no permitieron a la población del gueto llevar a los niños con ellos. Los menores de quince años debían quedarse atrás. El anuncio dejó estupefactos a los padres; aquello era algo con lo que nadie contaba. Y aún así, ya había ocurrido en las deportaciones previas. Muchos llegaron a creer en la mentira de aquellos barracones especiales para niños, confiando en la utilidad del recientemente inaugurado Kinderheim y en las promesas solemnes de los alemanes, asegurando que padres e hijos permanecerían juntos en los refugios construidos en lo alto de la colina. Ahora también, los alemanes se excusaban, asegurando que no habían roto sus promesas; se trataba, tan sólo, de un cambio de fechas. Los niños más pequeños no serían trasladados ahora mismo, sino que los conducirían en camiones una vez que los adultos se hubieran instalado. Se dijo a los habitantes del gueto que dejaran a sus hijos en el Kinderheim.*

⁴ Ib. pp. 1103-106.

⁵ Ib. pp. 111-113.

Muchas madres no confiaron la suerte de sus hijos a las mentiras de los nazis. Estas mujeres rechazaron la idea de dejar solos a los niños, así que salieron del grupo donde se encontraban y huyeron al gueto B, que no se cerraría hasta el día siguiente. Los maridos cedieron a los argumentos de sus esposas, permaneciendo con los contingentes que iban a ser trasladados al campo, con la idea de que, desde allí, podrían hacer algo por sus seres queridos, de que un milagro aún era posible. Las mujeres que se quedaron atrás fueron heroínas nobles y anónimas, que hicieron un sacrificio silencioso. Esas escenas dejaron una huella indeleble en todos los que las presenciamos. Incluso completos desconocidos rompían a llorar a ver el dolor y la desesperación en los rostros de quienes permanecían atrás. Aquello fue cien veces más aterrador que cualquier castigo físico, o incluso que la muerte de personas indefensas. Los niños que vagaban por las calles fueron llevados a la fuerza al Kinderheim, que pronto se abarrotó. Horas después hubo quien ocultó a los niños bajo las camas, en armarios y en otros escondites. Algunos pequeños vagaban por las calles, pidiendo inútilmente ayuda a desconocidos. Sus padres no sabían qué hacer; ya casi era la hora de marcharse, y los adultos tenían prohibido llevar menores con ellos. Varios camiones aparcaron en la entrada principal. La multitud se apelotonó, tratando de cruzar la puerta abierta. Los escoltas de las SS gritaban enloquecidos, dando patadas, puñetazos y empujando a la muchedumbre. El llanto de los niños y los gritos de sus padres nos helaban la sangre. Bebés recostados en sus cochecitos fueron abandonados a su suerte, mientras sus padres se alejaban pudiendo adivinar lo que les esperaba. Las detonaciones no cesaron ni un solo momento. Más grupos de alemanes seguían trayendo niños al patio de un edificio cercano a la farmacia; el estruendo de los disparos no dejaba duda sobre el destino fatal de esos pequeños ⁶.

El jefe Göth ordenó deportar a Auschwitz a la población improductiva para su exterminio, lo que incluyó a centenares de niños que perecieron en las cámaras de gas; sólo unos pocos de ellos, la mayoría hijos de los kapos judíos, consiguieron eludir la deportación, permaneciendo escondidos en letrinas y otros espacios seguros. En los campos Reinhard, la suerte de los pequeños era inapelablemente trágica: Raiman Taigman, residente del gueto de Varsovia deportado a Sobibor, cuenta cómo los recién nacidos que llegaban al campo eran arrojados directamente al fuego, en ocasiones sin haber sido asesinados antes, para así ahorrar munición o agilizar el proceso.

El 14 de marzo de 1943, al término de la última y brutal deportación de los residentes del gueto de Cracovia al campo de trabajo de Plaszów, todo lo que quedó atrás fue el silencio.

⁶ Ib. pp. 156-157.

Tadeusz anota: *Las calles y vestíbulos rezumaban desolación, y de cada uno de los callejones y patios traseros brotaba una condena muda contra el pueblo responsable de aquellos asesinatos. Todo en el gueto, hasta los objetos más insignificantes, señalaba a los culpables; cada sitio donde habían puesto el pie estaba marcado con los crímenes y la infamia del sistema de gobierno nacionalsocialista. Las calles y viviendas, que hasta dos días atrás se encontraban atestadas de gente, ahora estaban vacías. La muerte surcaba las calles, entrando en cada edificio y cada hogar. No había una sola habitación en todo el gueto que, probablemente, no hubiera sido testigo de cruentos crímenes. Tras dos días forzado a permanecer en la farmacia, absorto en el eco de mis propios pasos, salí a caminar por las calles desangeladas de aquel pueblo fantasma. Mucha gente ha presenciado escenas extremadamente desagradables, y no son pocos los que han vivido experiencias horribles, pero casi nadie ha experimentado lo que yo sentí aquel día mientras caminaba por las calles sembradas de cadáveres y charcos de sangre coagulada* ⁷.

Un día los alemanes entraron en un hospital de Cracovia y mataron a todos los enfermos, incluidos unos 10 médicos. Después ejercieron violencia sobre todos los que estaban en la plaza esperando, descargando golpes y más golpes sobre ellos. Pero había también algunos SS que no reían. Entre los SS había un hombre de unos 35 años. Estaba a cierta distancia de los de la Gestapo en el centro de la plaza. Fumaba nervioso, encendiendo un cigarro tras otro. A veces tiraba el cigarro a la mitad para encender otro. Lo observaba desde mi ventana de la farmacia. Cerca de él había un sargento de las SS que le señalaba a la gente ensangrentada, pero él no reía. No sonrió ni dijo una palabra. Después se acercó a Haase y cambió con él alguna frase. Los grupos presentes de judíos se iban incrementando cada vez más. El calor era insoportable y la mayor parte de los judíos no tenía sombrero ni llevaba paquetes. Esta vez muchos judíos sabían que su final era la muerte y no llevaban nada. Estaban con la ropa tal como los apresaron. Por otra parte grupos de alemanes revisaban los edificios del gueto y se llevaban todo lo que encontraban de valor, desde los techos hasta los subterráneos. A veces rompían las puertas y sonaban dispararos. Algunos judíos susurraban: *Dios mío, ¿dónde estás?* Otros respondían: *Dios existe, está ausente, pero volverá.* Por mi parte creía pasar cerca de mí rostros conocidos de amigos con los que había conversado mucho.

Algún alemán toca mi puerta y abro. Veo a un alemán pequeño y panzudo, le preguntó qué desea. Se vuelve asombrado, porque había pensado que allí no había nadie. Estoy allí delante de él con mi camisa blanca de farmacéutico que llevo puesta para que esté claro el motivo de mi presencia. Pero él se da la vuelta y se va. A los 5 minutos vuelven algunos alemanes. Abro la puerta. Entran un

⁷ Ib. pp. 160-161.

oficial de las SS, un suboficial y dos soldados. Piden el motivo de mi presencia. Les muestro todos los documentos. El suboficial dice que no puede haber excepciones. El oficial le dice que los documentos están en regla. Me sacan a fuera a pesar de mis explicaciones. Me dejan cerca de un grupo de judíos de pie. Los alemanes se van. Yo estoy allí en espera de una decisión. Tiemblo al pensar que comenzará la deportación y podría estar incluido. De pronto aparece Haase, el jefe, en compañía del oficial que ha examinado mis papeles. Le explico a Haase mi presencia y le presento mis documentos. Hubiera bastado una sola señal de Haase para decirme *No* y hubiera tenido que compartir la suerte de los judíos deportados. Pero dijo: *Conozco el caso*, y me dejo marchar. Regreso a la farmacia como si hubiera vuelto del más allá. Desde la ventana observo una escena que quedará en mi memoria para siempre. En la plaza hay miles de personas esperando, de pie o sentadas. Cerca está un grupo de las SS, cada poco tiempo se acercan a un grupo de judíos y los golpean con bastones o a patadas. De pronto veo a una judía que tiene un niño apretado al pecho y se echa a los pies de un SS. Le implora dejarlos vivir. La mujer llora, grita. No sirve de nada. El SS la rechaza con violencia de una patada y se va. Ella no se da por vencida y lo sigue y lo toma de la mano. El alemán se vuelve y la golpea en la cabeza con un látigo. La infeliz cae a tierra desvanecida. Un hombre de la policía judía la toma de la mano y la lleva con el niño hacia el centro de su grupo.

Entonces veo otro drama, una joven mujer bella, envuelta espléndidamente en un manto verde claro, atraviesa a paso lento el espacio que separa la farmacia de las SS y se une a los deportados.

Allí estaba su madre y los SS estupefactos no se atreven a atacarla. Uno de ellos se acerca a la mujer. La mujer se detiene. Él le dice algo y ella le responde y el alemán comienza a golpearla. La golpea en el brazo, en el rostro, en los ojos, en el cuello, sobre las espaldas. La mujer se inclina y se queda sin protestar. Quería unirse a los deportados y estar con su madre. No dice nada y no llora, no suplica. Ella está allí junto a su madre, se saca un pañuelo y se limpia el rostro. Su madre le acaricia el rostro, la cabeza, le limpia las lágrimas. El SS de nuevo se acerca y le dice algo. No le responde. El alemán la coge de los pelos, la saca fuera de la fila, la golpea gritando horriblemente y le dice por dónde debe ir. No le permite estar con su madre. La mujer se va a pasos lentos impotente frente a tanta violencia y su madre la mira por última vez. Los alemanes no soportaban oír lamentos o llantos de desesperación. Los otros SS que estaban cerca habían visto las cosas sin impresionarse, como si fueran cosas normales de cada día ⁸.

Muchos judíos prefirieron suicidarse. Un médico conocido, el radiólogo Teofil Blühbaum, ingirió 15 gramos de luminal (un solo gramo puede ser

⁸ Ib. pp. 136-143.

mortal). Sus familiares trataron de salvarlo, haciéndole lavados gástricos. Durmió durante cuatro días y salvó la vida gracias a la atención inmediata. Y después de la guerra sobrevivió. Una doctora, para evitar los sufrimientos de sus ancianos padres y de una tía, les suministró cianuro. El día anterior me había hablado de sus intenciones y después lo realizó. Después llevó los cadáveres al hospital, donde se recogían los cadáveres. Un médico le puso una inyección de cianuro de potasio a su padre gravemente enfermo. La doctora Erwina vino a contarme que había perdido a su madre, iba con su madre a embarcarse en un tren de mercancías, cuando de una casa cercana oyó los gritos de una mujer que estaba dando a luz. La madre de Erwina decidió quedarse con su hija y la mujer hasta el final. Algunas horas después revisaron los edificios y las sorprendieron. La madre de Erwina debió subir al tren de inmediato. Erwina, al darse cuenta de que se habían llevado a su madre, se fue corriendo al tren y la buscó por todas partes gritando su nombre, pero no consiguió nada.

En la deportación de octubre del 1942 se llevaron 7.000 judíos y mataron antes de salir a 600. En enero de 1943 cerraron la farmacia. Y anota Tadeusz: Los alemanes dentro de todo no me habían obstaculizado mi trabajo. A veces, para agradecerles, les daba un frasco de perfume, una botella de vodka, un par de calcetines de seda, una caja de cigarros, etc.

Los que quedaron escondidos me habían pedido que les vendiera luminal para poder tener a sus hijos pequeños dormidos y que no despertaran sospechas de los alemanes. Algunos decidieron huir, sumergiéndose en las alcantarillas de desagüe hasta llegar a otra parte de la ciudad y huir sin ser vistos, y así poder salir vivos del gueto. Muchos salvaron la vida, saliendo por las alcantarillas. Recuerdo a Julek Aliksandrowicz, que antes de huir por la alcantarilla, me dejó en consigna, una cartera con todos sus trabajos científicos y me rogó de guardársela. Pudo sobrevivir a la guerra.

Algunos días después se presentó una persona para retirar la cartera de Julek. Le pedí noticias. Me dijo que había sido fusilado, pero me lo dijo cucando el ojo, como si me dijera que nadie debía saber que estaba vivo.

Cuando se cerró definitivamente el gueto, me di unas vueltas por las calles desiertas, pero había algunos refugiados escondidos en algunas casas. Alguno, al verme desde la ventana, me lanzaban un papel que decía: *Necesito Ayuda*. ¿Qué podían esperar solos sin comida y sin esperanza?. Me advertían que había algunos vivos y tenían hambre y necesitaban ayuda. Para ayudar, escogí a dos miembros de la policía judía que vigilaban y eran de mi confianza. Les expliqué de dónde habían caído las peticiones de ayuda e hicimos lo posible por ayudar. Uno de los días, cuando oficialmente allá no había nadie, me tocan la puerta de la farmacia. Abro y encuentro un jovencito que me dice: *Señor, ayúdeme*.

Respondí: *¿Quién eres, dónde te escondes?* En su rostro se leía el terror. Se llamaba Teufel, su padre había tenido un papelería en vía Szewska. El jovencito había quedado en el gueto con una tía y el niño de la tía. Estaban escondidos debajo de un montón de carbón. No tenían nada para comer y la tía estaba gravemente enferma. El niño se estaba muriendo. Le di alimentos. Algunos días después la tía se unió a un grupo de trabajadores. El niño había muerto.

Muchos que estaban escondidos, enfermos o hambrientos, venían frecuentemente a verme a pedir ayuda. Después de que los alemanes se retiraron de Cracovia, recorrí varias veces el gueto y conseguí libros y otras cosas útiles que después les di a la Comisión histórica hebraica. Algunos libros del talmud eran de ediciones preciosas y de mucho valor espiritual para ellos.

Sobre la farmacia *El Águila* de Tadeusz podemos decir que después de la segunda guerra mundial llegó a ser un refugio para artistas y actores de toda Polonia. Después de la guerra, dice Tadeusz, fui testigo de diversos procesos celebrados en Alemania federal por los crímenes cometidos por los funcionarios de las SS. La nacionalización de las farmacias por los comunistas polacos en 1951 también afectó a mi farmacia. Los judíos, a quienes había salvado durante la guerra, vivían en diversos países y muchos también en el nuevo Estado de Israel. El Estado de Israel reconoció a Tadeusz en 1983 el título de justo entre las naciones, galardón que se concedía a los no judíos que desinteresadamente habían ayudado a los judíos durante la guerra. La farmacia cerró en 1967. Tadeusz murió en Cracovia el 5 de noviembre de 1993. Al funeral asistieron, no solo colegas farmacéuticos, sino también muchos sobrevivientes de la comunidad hebrea de distintos lugares .